

Daniela BLUM, *Der katholische Luther. Begegnungen – Prägungen – Rezeptionen*, Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2016, 221 pp., 20 x 14,5, ISBN 978-3-506-78238-0.

Entre el aluvión de libros que han sido publicados en Alemania con motivo del quinto centenario de la ruptura de Lutero con Roma, aparece esta nueva revisión histórica. «¿Fue Lutero “católico”?», es la pregunta planteada por la autora, profesora de Historia de la Iglesia en la Karls Eberhard Universität de Tübinga. La cuestión –planteada con cierta perioricidad por la *Lutherforschung*– hace sobreentender lo católico en un sentido distinto a como el mismo reformador alemán lo entendía (p. 9). Aquí se emplea este término por tanto como una *Lebenszusammenhang*, como un contexto vital, tal como lo entendía Otto Hermann Pesch (1931-2014). Esta referencia anticipa en cierto modo el desarrollo del ensayo, en el que se combinan distintos retratos que sirven para situar contextualmente la figura de Lutero y su recepción en la actualidad, a los 500 años después del inicio de la Reforma protestante. Lógicamente, Blum presupone –aunque no explicita– los trabajos anteriores sobre el tema de Jedin, Lohse y Lortz. En estas páginas podemos ver pues no sólo los encuentros en la vida de Lutero, sino también los no infrecuentes desencuentros, dado también el carácter polémico más que dialógico de su temperamento. Como puede apreciarse también, la autora presupone una serie de conocimientos históricos y teológicos sobre el tema, si bien el desarrollo es sobre todo de tipo divulgativo.

La conclusión resulta sin embargo «sorprendente», pues la medievalista aprecia y señala en su estudio lo cercano que estaba el reformador alemán del pensamiento tardomedieval (cfr. p. 188). En este sentido, la estructuración de la obra es clara y presenta esos cuadros históricos divididos en tres partes: «improntas» (Staupitz, Tauler, Bernardo de Claraval, Tomás de Aquino y Agustín), «encuentros» (Tetzl y Prierias, Cayetano y Eck) y «recepción» (Cocleo, Döllinger, Denifle y Pesch). Esto es, sus precedentes, sus contemporáneos y sus intérpretes. Resulta así interesante la matizada comparación que establece con el Aquinate, donde Blum no acepta la *pastorale Kritik* que suele ser propuesta como descalificación de la teología escolástica, sino que considera que estos autores son igualmente prácticos y espirituales en su vida y en su reflexión. Sin embargo, la autora quiere al mismo tiempo reproponer a Lutero como un autor católico, sobre todo después de que haya sido superado el ambiente polémico que dominó en los años posteriores a la Reforma protestante. En esta misma línea tal vez hubiera sido interesante revisar la figura de Lutero a la luz del magisterio posterior a esta época –especialmente el Vaticano II–, entendido como una continuidad reformista.

Pablo BLANCO